

MÓNICA CASTELLANOS

# CARBÓN ROJO

 LITERATURA

*[...] las llamadas de la vida no acabarán jamás  
para nosotros...*

HERMAN HESSE

*Vivir la vida de tal suerte que viva quede en la muerte.*

TERESA DE JESÚS

*Del nicho helado en que los hombres te pusieron,  
te bajaré a la tierra humilde y soleada.*

GABRIELA MISTRAL

BRUMA BLANCA

En el mantel que descansa sobre su regazo, Carmina clava la puntada que borda una “M” mayúscula, negra y sin rizos que la adornen. Al terminarla labra junto a ella la letra “a” minúscula. Sólo la acompaña Candelaria entre aquella hilera de cuartos inhabitados en la casona de Rosita.

—Hoy cumple años tu hermana Ada, deberías llamarla.

Con particular molestia dibuja una “n” enlazada a una “u”. Carmina anuda dos veces el hilo para rematarlo y lo corta con los dientes; separa los aros con ademán brusco y alisa esa parte en el lienzo que está bordando, tuerce el gesto ante el recuerdo de su hermana mayor. Muchos años han pasado desde que Ada se fue con su hija a Monterrey y, sin embargo, Carmina todavía se alegra de que, tras el oprobio que hundió a la familia, se haya llevado a ese engendro del demonio, como ella la llama. Lo medita un segundo y, sin muchas ganas decide llamarla.

El timbre del teléfono rojo, tan antiguo como la mesa de madera sobre la que reposa, perfora el silencio en la habitación de Ada. Su eco reverbera varias veces.

Nadie contesta.

Coloca los aros sobre la tela, la estira con fuerza, como si quisiera romperla, y sólo así se atreve a bordar con hilo negro una “e” y una “l”. Letras lúgubres en las que regodea todo su rencor.

A Carmina le gusta hablar con los muertos, se siente a gusto entre ellos. Desarrolló el hábito de visitarlos cuando Blanca, su madre, antes de morir, le pidió que no la dejara sola, que fuera a verla cuando su cuerpo habitara una urna y porque a la madre no se le abandona ni en esta vida ni en la otra. Le agrada también ese aroma rancio a humedad y sal, a hueso, ceniza y polvo, a tiempo suspendido, que satura el aire de la cripta en Nueva Rosita. Se imagina estar en el fondo de un viejo navío con maderas crujientes y farolas amarillentas, casi siente su bamboleo. Toma un lugar en la semioscuridad de la capilla recubierta con nichos. Los recorre con la vista y lee nombres: Elena Campos Quintanilla, Yolanda Castillo Rivas, Cipriano Ramírez, Leticia Martínez Vivanco. Algunos sin fecha de nacimiento ni defunción. Nombres tallados en placas de bronce. Nombres que susurran historias, las propias, las ajenas. Algunas que nadie quiere escuchar y otras que aún palpitan en la memoria de los vivos. Voces con historias que Carmina dice escuchar.

Desde que Blanca murió, pasa cada vez más tiempo en esa catacumba, casi siempre los jueves, como si quisiera honrar así el día en que falleció. Se reclina sobre la tapa del nicho y recuerda los negrísimos ojos que

tenía su madre, más vivos que un carbón ardiente, peligrosos como brasa que flota en el aire y deambula antes de elegir su destino. Ya no le reclama haberla dejado en la orfandad. Más bien le dice lo que ha hecho y deshecho con los rumores que tras varios intentos aprendió a divulgar. Se los imagina como una de las piezas que ha bordado en negro, puntada tras puntada, colocando la aguja en el lugar exacto, para empujarla con el dedal y verla salir, puntiaguda; jalar nuevamente y con la destreza que da el tiempo encajarla una vez, otra vez y otra. Así enhebra, hilvana letra por letra los nombres de apellido Calderón a quienes detesta.

También borda con palabras sus ensoñaciones. En cada esquina del mantel, con colores vivos y grandes rizos, destacan las palabras Javier, familia, hijos, nietos. Está convencida de que sus ilusiones, las que comenzó a urdir en la adolescencia, se convirtieron en tristes retazos cosidos a la fuerza hasta formar un lienzo malhecho, en vez del bello mantel bordado a mano que debió ser su vida. Así contiene la amargura en que se convirtieron sus días tras la muerte de Blanca.

Ninguno en esa familia se salvará, mamá —le susurró una mañana a través de la cruz que cuelga en el nicho—; ayer mismo me encontré a la vieja Petrona. Sí, ésa, la abuela de Manuel. Me le acerqué al oído justo cuando terminaba la misa. ¿Ya supo lo que dicen por ahí? A mí me apena decírselo. Pero es que no es cristiano callarse estas cosas, porque luego la familia es la última

que se entera, nada más por eso me animo, doña Petronita, no piense usted ninguna otra cosa. Hágase para acá, no nos vayan a oír. Dicen que Manuelito, su nieto, salió buscón. Que tira para el otro bando. Usted me entiende, ¿verdad? Y a la vieja se le querían salir los ojos. Rápido se le vidriaron. Como quien no cree lo que oye. Pero usted y yo sabemos, mamá, que al pérfido de Manuel bien que le gustaba el argüende y arrinconarse con otros jóvenes en lo oscurito. Y vimos cómo se le embobaban los ojos con su primo Joaquín, el más chico, y no le importó al condenado que apenas fuera un párvulo; como quiera se lo jalaba, lo sentaba muy cerca, le agarraba la mano y sabrá Dios qué más. Yo, la verdad, no me creo eso que dicen que el Manuel es muy buen consejero, que desea irse al seminario. Seguramente está podrido como todos los Calderón. Sí, mamá, lo sé, me andaré con cuidado. Pero, cada vez me convenzo más de que en esa familia todos están endemoniados, sólo al verlos siempre con sus miradas altaneras, como si fueran los muy muy, tronándoles los dedos a todos. Me alegra que se lo hayan llevado a la capital del estado. Allá que se refunda el tal Manuel y que a los suyos les duela la pérdida como a mí me duele su ausencia. Le cuento que para cuando terminé de sembrarle la duda a doña Petrona, me dijo la vieja: no digas sandeces, y se alejó a toda prisa.

\*

Dos días más tarde, cuando el sol declina, Carmina deja su bordado sobre la mesa laqueada. Se levanta del

sofá de terciopelo que alguna vez lució un color dorado y ahora se ve tan desteñido y pardo como el arenal. Se mira al espejo. Los ojos negros, a diferencia de Ada, son como el azabache, duros y brillantes. Se cubre la cabeza con el velo oscuro que antes usó su madre. La echa tanto en falta como al bullicio que años atrás habitó en esa casa y que poco a poco se vació hasta dejar una morada de sombras y silencios, tan sombría como la madera que recubre las paredes y los pisos.

Imagina que es fácil acomodarse como una pieza más entre las cosas que la circundan y convertirse en objeto. La asalta la imagen de sí misma secuestrada por las sillas y sillones, por su cama con dosel vestida con manta tejida, por el lienzo que diario borda, por los retratos de su padre, Miguel Montemayor, de su abuelo, Blas Pérez Mendoza y del tasajeado por su abuela Josefa hasta sólo dejar una imagen con los ojos vacíos.

—¿Todavía está aquí esta cosa?, dijiste que lo ibas a quitar —le recordó Candelaria.

—No, mejor lo cambié a mi cuarto porque se estaba destiñendo con el sol y decidí que no quiero olvidar su infamia.

Como lo hiciera a diario acompañada de su madre cuando aún vivía, recorre las cinco cuadras que la conducen a la parroquia del Sagrado Corazón. Mete el dedo en el agua bendita a la entrada de la iglesia. Se persigna la frente, la boca, el pecho y hace media genuflexión. Se adentra unos pasos hasta la banca del final, prefiere ese lugar porque desde ahí observa a los feligreses que llegan después. Los mismos rostros, en los mismos asientos, en las mismas bancas.

Hubo un tiempo en que Carmina soñó con entrar de blanco en esa misma iglesia, pero esos sueños quedaron muy atrás, se perdieron en los días en que ella era dulce y el apellido no había caído en la vergüenza. Suena la primera campanada y con el siguiente golpe de badajo recuerda a Javier. Su tez aceituna bajo la camisola blanca, la insistente forma cuando la miraba, colmada de lascivia. Se ruboriza, respira hondo. Clava los ojos en el Cristo que pende en la cruz e intenta concentrarse. Esa imagen la fustiga otra vez, ve su sonrisa, sus manos sujetando su cintura cuando le cedía el paso. Un hormigueo le recorre el vientre. Abre su bolso y toma el abanico que siempre lleva consigo; aunque están en febrero y la temperatura es fría, lo agita con violencia, se molesta por tener esos recuerdos que la incordian. Los recuerdos. Sabe que su vida no es más que una amalgama de memorias, un lastre que le impide vivir el presente. Se han enquistado en su mente y la ocupan tanto que le han impedido cualquier otro interés. No ha buscado algo que la emocione, ningún proyecto que la extraiga de su casa y la cripta. Su venganza la ata al pasado y ella no tiene ojos para nada más.

Termina la misa y en el atrio se encuentra con Nicanora Peredo. Conversan unos minutos mientras la iglesia se aquietta. Aunque no es jueves, Carmina opta por bajar a la cripta.

—Ya vamos a cerrar, Carmina —la ataja el párroco cuando va rumbo a las escaleras del fondo.

—Deme un momento para ver a mamá.

—Bien, pero no tardes, hija; la semana pasada estuve ahí casi una hora y hoy tengo mi partida de dominó. No quiero llegar tarde.

Carmina enciende la bombilla que alumbra la escalinata, una luz bruñida que barniza los muros. Al bajar por los peldaños la madera cruje en una débil protesta tras su paso. Empuja la gruesa puerta que también le reprocha, enciende una luz y va hacia el nicho que ocupa su madre.

“Hoy avancé en mis planes un poco más, me acerqué a Nicanora, ¿la recuerda? Sí, esa misma, la amiga de la Faustina. Hoy le dije que había que pedir mucho por Manuel el hermano de su amiga, al que tanto queremos todos aquí, que a ese muchacho lo habían pescado en el coche con otro huerco muy apapachados, arrejuntados y besuqueándose. Que la familia no lo sabía, que no le dijera nada a Faustina ni a nadie más y que en esos casos lo mejor era elevar las plegarias al Señor para traerlo por el buen camino, por la senda de los justos, como uno, le susurré. Y ya sabe cómo es ella, mamá, más efectiva que *La Voz* de Coahuila cuando hay que difundir noticias. No habrá nadie en toda la región carbonífera que no se entere de que Manuel Calderón es rarito”.

Carmina se pasea, acaricia las cubiertas de los nichos. “Descansen todos, descansen, que para los batallares de la vida estamos los vivos, déjennos a nosotros sus cuitas”, dice en voz alta.

Cuando llega a su casa, Candelaria está a la puerta. La última vez que la esperó en el rellano fue cuando

le anunció que Ada, su hermana, se iría de la casa y se llevaría a su hija. Eso fue hace casi cuarenta años, por lo que intuye que lo que tenga por decir no será bueno. Candelaria la abraza con los ojos llorosos y le susurra al oído aquellas palabras que nunca creyó escuchar:

—Llamó Violeta, que tu hermana Ada murió hace dos horas y espera verte mañana en el funeral. Aquí dejó la información del velatorio. Ya ves, te dije que le llamaras y nomás me dijiste que sí, que le volverías a llamar al día siguiente, pero no me hiciste caso.

La noche se vuelve un suplicio para Carmina. Despierta a cada hora entre un sueño convulso. Sueña que recorre un llano duro y pedregoso. El sol quema y ella siente arder la piel. Adelante, a cincuenta metros, Ada camina sin ropa. En una mano lleva una jarra con agua fresca, en la otra una flor. En vano intenta alcanzar a su hermana en ese sendero sin fronteras. Calza unos botines de piel, iguales a los que usaba su abuela en alguna fotografía añeja. Camina con dificultad, le duelen los pies. Intenta gritar a su hermana, pero su boca vomita arena parda. En el sueño apura el paso y en la cama su cuerpo se sacude en espasmos. Acorta la distancia con gran esfuerzo, los botines raspan, rajan su tobillo. Ada gira la cabeza, se detiene. Sobre su pecho desnudo cuelga una carta. Carmina la reconoce, se horroriza.

Durante la madrugada percibe la presencia de su hermana sentada al borde de la cama. Despierta con el corazón latiendo aprisa. Siente el cobijo sutil de unos brazos que la rodean, inmóvil, con los ojos negríssimos destemplados en el asombro, entiende que es

Ada quien está junto a ella, la resistencia inicial cede poco a poco.

—¿Qué quieres? ¿Verdad que no estaba loca? —se endereza en la cama—. Tantas veces me hiciste sentir un ser extraño, alguien a quien se debe apartar. Durante años tuve la certeza de ser un fenómeno. Cuando en verdad no era así. Qué fácil pedir perdón.

Carmina lucha con Ada, se resiste hasta que la cobija una sensación de paz.

\*

El coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga de tonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El enojo, la vigilia agotadora, los roces en cuidados intensivos con tu hermana Violeta, el dolor por la muerte de Ada y la impotencia porque no pudiste hacer nada por ella. Sientes fuego en el estómago, el mismo que sube a tu rostro, presionas tanto la mandíbula que te duele. Necesitas calmar ese fuego. Buscas en el refrigerador una lata de cerveza, la destapas. Bebes el líquido de un tirón. Abres otra. En la mesa está tu *laptop*. Necesitas terminar la reseña sobre un libro que acaba de publicarse y enviarlo al editor de la sección cultural. Tecleas con fuerza. El enojo te impide concentrarte del todo. Tan pronto escribes cinco mil caracteres te detienes, revisas el texto, corriges pifias. No es tu reseña más sobresaliente, pero es lo mejor que pudiste hacer. No siempre estás de humor para escribir. Te preguntas cómo harán los escritores para

trabajar cuando el dolor los carcome. Podría ser tema para alguna novela. Su dolor, no el tuyo. El tuyo no es compartible. Das una última leída a la reseña. Firmas Bernardo de la Garza y tu correo electrónico. Cierras la *laptop* y te vas a dormir esperando enviarlo mañana desde un cibercafé a tu editor en el periódico *El Norte*.

A algunas personas el luto se les vuelve costumbre, adoptan el negro como su tono definitivo y excluyen del armario cualquier otro color. Carmina es una de ellas. Tras vestirlo cinco años desde que murió Blanca, la partida de Ada la obliga a continuar con el color fúnebre. Temprano por la mañana toma un vestido del ropero, le disgusta la imagen que le regresa el espejo ovalado, lo desliza con desgana sobre su cabeza y lo avienta sobre la cama. Las mangas abullonadas nunca le han gustado. Elige uno untado a la piel. La transparencia de su encaje crea una filigrana al contrastar con la tez clara de sus brazos.

Debe ir con Blanca a decirle que Ada murió. No será fácil, esas noticias siempre son difíciles de decir en voz alta, aunque se tengan que dar a los muertos. Habrá que buscar palabras suaves para consolarla y que no deteste esa fecha. Es 18 de febrero de 2006, un día gélido en el antiguo Mineral de Nueva Rosita y en todo Coahuila.

De camino a la parroquia se detiene frente a la enorme casa de dos pisos que ocupan los Calderón. Se asegura de no ser vista y con coraje lanza un escu-

pitajo sobre la banqueta que va a impactar justo frente a la reja en la entrada principal. Después se sigue con la frente en alto. Tendrá que hablar con sus sobrinos nietos Violeta y Bernardo para ver si traerán a Ada a la cripta de la familia o si se quedará en Monterrey. Cree que sería bueno depositar sus cenizas junto a sus padres y conversar también con ella, porque ahora que está muerta las cosas son distintas. A los muertos hay que tenerles el respeto que se merecen y aunque su hermana le haya causado tanto sufrimiento, ahora puede quererla como cuando eran niñas y sus padres las paseaban en el coche por la plaza o las llevaban a Monterrey a ver el circo Atayde. También puede vengarse por ella.

Llega a la iglesia, con paso nervioso baja a la cripta, trastabilla en un escalón, se planta delante del nicho de sus padres y antes de proferir una palabra su madre ya le está leyendo el pensamiento. “Entiendo que la muerte es un paso, mamá. Para mí la muerte y la vida son la misma cosa, lo único que cambia es la habitación”. La regaña por su falta de fe. “Sé que es mejor la vida eterna. No estoy alterada, sólo algo nerviosa porque no sabía cómo darle la noticia. ¡Me alegra que esté de acuerdo en traer las cenizas de Ada! Le diré a Bernardo que lo mejor es traerla aquí junto a papá y usted”. Carmina se persigna, reza una avemaría y aspira una bocanada de ese aire húmedo y penetrante. “Volveré pronto”, le asegura. Lanza un beso que cruza el aire e imagina que se posa en la mejilla de Blanca. Se resiste a dejarla, pero no a su papá. Desde que vivía le retiró la palabra y aún mantiene su decisión. Aun-

que ya añora a su mamá cierra la puerta de la cripta y sale de la iglesia.

Enciende su Nissan café claro. Tiene una década con él y a pesar de ser comprado de segunda mano, la marcha, las ruedas y el motor están en condiciones de llevarla a Monterrey. Lo único que delata su edad es la carrocería, que al transitar sobre pavimento o camino irregular produce unos ruidos semejantes a los de una caja metálica con monedas dentro.

Conduce por la carretera bajo un cielo índigo que se extiende hasta el final del horizonte. Poco después de cruzar Sabinas, a la derecha, ve las minas de Barroterán, que sufrieron una explosión treinta y siete años atrás. Los periódicos, en México y el mundo, habían dado la noticia: “la acumulación de gas metano en las minas 2 y 3 de Minera Guadalupe mata a ciento cincuenta y tres mineros”. La revista *Life* les dio la portada. Se persigna. Aún conserva en el recuerdo las voces aterradas de sus padres y de los vecinos. Se asombra todavía de la solidaridad que se generó tras la noticia, porque de los poblados cercanos a Rosita pronto brotaron cientos de manos para ayudar: las de los mineros que bajaron a rescatar los cuerpos de sus amigos o conocidos, algunos enteros, muchos en pedazos; las de quienes llevaron comida para los rescatistas; las que consolaron a las madres llorosas y a los huérfanos asustados con sus rostros de incredulidad, pegados a la reja que delimita las minas.

Conforme avanza entre el despoblado se siente libre. Hace mucho que no experimenta esa sensación de dejar atrás lo que es suyo, la costumbre de beberse

el café en la taza roja con rótulo de *Moulin Rouge* que arrebató a otra mujer en un bazar porque la haría imaginarse en sitios al otro lado del mundo; el peso de las desgracias que azotaban a su familia desde tantas generaciones atrás; las palabras de Candelaria recriminándola por no salir más que a la iglesia, por no querer ver a nadie y por ese terrible mantel que estaba bordando; el peso de su venganza, de los rumores que desparrrama y que se ha tomado como una grave responsabilidad; las suaves charlas con los muertos de la cripta y hasta la memoria de Blanca que aún la retiene en aquel poblado.

Cruza la tierra desértica de Monclova, Saltillo y Ramos Arizpe. Poco antes de tomar la carretera de cuota a Monterrey se pregunta cómo la recibirán los hijos de Ada. La última vez que los vio había sido durante el sepelio de Blanca. Entonces tenían veintiuno y diecinueve años, y a su modo de ver eran unos adolescentes mimados por Ada. Violeta, una estudiante con ínfulas de sabelotodo y Bernardo, un muchacho que estudiaba letras, como si a las letras hubiera algo que estudiarles. Ada le había insistido al año siguiente que fuera a Monterrey a la boda de Violeta, pero a qué iría, ¿a verla casarse panzona? Para pasar vergüenzas mejor quedarse en su casa. Parecería que Ada había inaugurado una estirpe de mujeres que se embarazaban de quien no debían, o tal vez era así con todas las que habían sido madres alguna vez y ella no lo sabía, pues no pertenecía a ese grupo.

Es la primera vez que conduce por la nueva carretera que lleva a San Pedro, ese municipio que colinda

con Monterrey. Una larga recta de concreto desciende flanqueada por la interminable montaña gris de la Huasteca. A Carmina le parecen columnas gigantes unidas entre sí, áridas, blancuzcas, pétreas como su corazón. Se maravilla frente a esa enorme masa que impone, un muro orgulloso, alto y afilado que corta el espacio. Sabe que es sitio sagrado, ombligo del mundo al que cada año peregrinan los wixárika. Conforme avanza en la carretera la montaña crece, se torna misteriosa, amenazante. La imagina como esa descomunal pared que se elevó entre ella y su hermana, la que creció inadvertida. Siente un pinchazo en el pecho. *¿Fue mi orgullo endurecido el que colocó los roces, las palabras agrias, el resentimiento hasta construir un muro semejante a éste? ¿Cómo llegamos a vivir así?* Contiene el llanto, porque sabe que si lo libera se derramará como represa rota. La Huasteca la maravilla y al mismo tiempo la oprime. A lo lejos ve la nata de contaminación que asfixia a Monterrey y le produce una sensación de ahogo. Tiene que hablar con los nietos de Ada y la angustia de que no acepten depositar sus cenizas en Rosita crece conforme se acerca a la ciudad. Pasa sin ver los letreros que señalan la ruta a Santa Catarina y a la avenida Morones Prieto. La carretera se bifurca, toma la lateral y a los pocos minutos llega a las capillas de velación. Descansa frente al volante antes de enfrentar a Ada por última vez. Vuelve a escuchar, como si acabara de pronunciarlas, esas palabras hirientes que le lanzó a su hermana días antes de que se fuera de Rosita: *nos desgraciaste la vida, será mejor que te vayas y nunca más vuelvas.*

Quien teme a la muerte muere dos veces. Carmina ha meditado tanto en ella durante los retiros de Cuaresma organizados por la parroquia que, a veces, la idea de morir le parece un alivio. Se detiene afuera de las puertas de cristal de las capillas, observa los grupos de personas en el interior, entre algunos jóvenes de rostro apesadumbrado distingue a su primo Alfonso y a su esposa; el resto son hombres, mujeres que no conoce. Detesta los funerales, pero más a las personas que asisten como si fueran a una fiesta. Platican, cuentan chistes y ríen mientras los deudos se duelen.

Por fin se atreve a entrar, encorvada, con paso menudo, como si en un caparazón se protegiera a sí misma de la gente que la rodea. Se acerca a Bernardo y a Violeta, y sin decir una palabra se arrodilla junto al féretro.

Bernardo la reconoce de inmediato, se coloca a su lado y alcanza a ver cómo sus labios se mueven. Supone que desgrana alguna oración. Han pasado cinco años sin verse y que fuera en esas condiciones lo hace creer que ella sufre un gran dolor, tal vez culpa.

—Era una gran mujer —dice conmovido.

—Mi hermana era una pendeja —masculla Carmina con enojo. Sin más se levanta, da media vuelta y se va.

Violeta y Bernardo se ven sin decir palabra. Él se alegra de que Carmina se haya marchado, le parece grotesco que su tía hubiera venido sólo a afrentar la memoria de Ada. No entiende el motivo de ese distanciamiento ni el rencor entre las hermanas. Y es hasta entonces cuando se da cuenta de que a cada pregunta sobre su madre o sobre su tía Carmina, Ada siempre había respondido con evasivas. *Los muertos dejan sus cosas, pero se llevan los secretos*, se dice con desilusión. Qué había sucedido entre ellas era algo que ya no podría preguntar a su abuela, pero a Carmina sí. En ese preciso instante toma la determinación de averiguar qué callaban con tanto celo.

Al salir de las capillas Carmina llora a mares. Sube a su Nissan y se recarga sobre el volante, limpia su rostro, y con torpeza abre la cajuela de guantes en busca de una caja de pañuelos para limpiarse la nariz. Lamenta no haber llamado a Ada el día que se lo pidió Candelaria. *Pinche Candelaria, nunca me pide nada, me va a recordar sus palabras todos los días*. Para calmarse admira a través de la ventanilla el cielo celeste con algunas nubes tan transparentes que no alcanzan a cubrir la violencia del sol a esa hora de la tarde.

—Pendeja, eres una pendeja, Ada —dice en voz alta—, ¿por qué no esperaste a que hablara contigo?

Golpea el volante y enciende la marcha. Resuelve quedarse en Monterrey para platicar al día siguiente con sus sobrinos nietos. Con seguridad habrá un triduo de misas, asistir sería lo correcto.

Tras la impresión y el agotamiento del día, Carmina llega al hotel Ancira. Se registra sin detenerse a ver el interior de ese bello edificio, anhela quitarse la ropa, darse un baño y tumbarse en la cama. Es un sueño inquieto el que la vence, ve la figura de Ada recargada en el tronco de la acacia que preside el jardín de su casa, su hermana la llama y ella se acerca, está molesta con su hermana mayor, porque, como es costumbre en el desayuno, le ganó el lugar en la mesa. Carmina desea sentarse junto a su mamá, pero Ada no se lo permite. Nunca se lo permite y además sonríe socarrona. También en el sueño. Y vuelve a aquella tarde en que jugaban a las escondidas con sus primos, todos mayores que ella. Sólo que en el sueño ocurre lo contrario. Carmina lleva de la mano a su hermana mayor, abre la enorme maleta de viaje, la incita a entrar. “Es el mejor lugar para esconderse”, le dice, baja la cubierta de gruesa piel y la encierra con llave. Pasan los minutos, su hermana se agita en aquella oscuridad, el miedo le provoca una fatídica sensación de ahogo. Pide ayuda, grita. Afuera, alrededor de aquella maleta los primos comandados por Carmina rien, se placen con el sufrimiento de su presa. Ada y Carmina mudan de lugar. La hermana menor vuelve a aquella tarde, cuando siente ese pánico que ya no le permite estar en espacios cerrados. Se revuelve entre las sábanas, suda, despierta agitada. Toma un vaso con agua y se quita el camisón empapado. No trae otra pijama, así que regresa a la cama desnuda. Como le ocurría de niña vuelve a tener miedo de dormir. Su interior es una luz de neón que enciende y apaga. Mientras el sueño la

vence, transita aquellas tardes de infancia en que su única preocupación consistía en encontrar un juego que les acortara las largas tardes de verano. Su favorito siempre había sido la bebeleche. Recuerda el tono alegre de su hermana al convencerla de correr a la casa para mojar otra bola de papel, porque “ésta ya se desbarató y así no podemos jugar. ¡Ándale, Carmina!, al cabo no te tardas nada, aquí te espero”. Y como en todas las ocasiones, ella cedía sólo por el gusto de jugar con Ada, de intentar alcanzarla en estatura o en velocidad cuando jugaban a las carreras, o en ver quién lanzaba más lejos la pelota. No había nada que hiciera su hermana que le pareciera mal, ni petición que le negara, hasta ese día en que su hermana salió de la casa en Rosita para nunca volver.

\*

El coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga de tonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El desconcierto de ser deudo en un funeral, los rostros llorosos de los alumnos de Ada, pero más te enoja la actitud de tu tía Carmina. En las pocas veces que la viste no lograste descifrarla. ¿Quién se cree que es para llegar a insultar a Ada? No te faltaron ganas de asirla de un brazo y sacarla del funeral. Sientes fuego en el estómago. Sabes que no se lo echarás en cara, a tu abuela no le parecería bien, si en algo te educó con cuidado fue en el buen trato hacia las mujeres, más si son mayores, pero eso no te quita el disgusto con tu

tía. Su relación fue un enigma. Uno que Ada nunca estuvo dispuesta a resolverles. Recuerdas su sonrisa evasiva cada vez que le preguntaste el motivo por el que no se veían. Ada era hábil para desviar la conversación. Tu coraje se transforma en dolor frente a su recuerdo. Contenerlo durante el funeral fue difícil, con las palabras de consuelo de tus amigos los ojos se te anegaron y casi te quiebras con el abrazo de Guillermo, el residente que la atendió en cuidados intensivos. Te pareció extraordinario que ese médico le hubiera tomado tanto cariño a tu abuela como para ir al funeral. Supones que para los médicos las muertes no significan algo personal, porque no pueden permitírselo. Y ahora que estás solo lloras de dolor con la cabeza entre las manos. Sientes el impulso de hablar con Ada, de escuchar el tono de su voz. Buscas su número en el celular. La pantalla con su nombre es un latigazo a tu sentido común, entiendes que la peor ausencia la sufrirás en los detalles y aún queda mucho por delante. Piensas que la muerte adeuda la memoria de un futuro arrebatado y deja, en su lugar, un laberinto de silencios, palabras cercenadas a la fuerza, fracturas de un tiempo imposible. Te sobrepones.